

(d)

HÉLÈNE CIXOUS*

NOSOTROS EN SUMA¹

- Nosotros no decimos exactamente la misma cosa, dices
- Exactamente, digo. “No exactamente”.
- Nosotros no decimos nunca exactamente la misma cosa.
- ¿Nosotros? ¿Quiénotros? ¿Nosotros uno? ¿Nosotros dos?
- Siendo siempre nunca exactamente el mismo, la misma, los mismos, mixturas de seres.

Y además existen las palabras para sazonar de inexactitud todo lo que somos como sumas de siendos de inexactitudes de casipresencias, sobre todo cuando se nos empuja, se nos lleva a los límites, a los extremos a los indeterminables confines de los fines.

Pero para empezar está la palabra cosa, para empezar a extraviarnos

Decimos de común acuerdo: “no decimos exactamente la misma cosa”.
¿Qué quiere decir eso?

No lo sé. Requiere una explicación. No necesita explicación. Nos entendemos. Y sin embargo. No me entiendo a mí misma y sin embargo te entiendo y sin embargo no puedo entenderte, me superas, me desbordas, me entiendes, me rodeas, no puedo contenerte pero te comprendo,

– Me llamas por teléfono. Te oigo. Digo “tú”, “te” pero más exactamente es tu voz, tu voz por ti, tu enviada, tu milagrosa metonimia. Digo “te oigo”. Pero es a tu voz a la que oigo. Hablo contigo en tu voz, es una cosa o es un

* Université Paris 8-Vincennes.

¹ “Nous en somme” se ha publicado en el número 142 de la revista *Littérature*, de junio de 2006.

cuerpo o es un número, una sombra, un ser, un múltiple. ¿Quién me asegura que no es tal vez un animal? Es te. Yo te. Se forma así un ser un poco siamés, tan tuyo como mío, un poco cesurado, ensamblado aireado. Es yo te. Este ser es movimiento hacia, tensión, atención. *Dasein*, diría Heidegger, como apertura al ser. Yo te.

Acerca de un pensamiento de la diferencia sexual, estamos de acuerdo pero no decimos exactamente la misma cosa.

Dicho de otro modo: siempre decimos casi exactamente la misma cosa. Nosotros nos decimos: “decimos *noexactamente* la misma cosa”. Tengo que pensar el noexactamente. El noexactamente, el casi, lo más exactamente posible bordean las orillas de esos inestables que llamamos “géneros” y que pronunciamos evasivamente sin saber demasiado adónde nos conducen palabras tan fuertes.

He dicho: “nosotros nos decimos” [*nous nous disons*]. Al decirlo no sé exactamente lo que dice esta frase. Acopla dos *nos* literalmente idénticos y no obstante desemejantes. Es como cuando J. Derrida, perseguido por la frase “nos debemos a la muerte” (en *Demeure, Athènes*)² de repente se vuelve hacia su perseguidora y la mira a los ojos: nos debemos. Nosotros nos dos-vemos [*Nous nous deux vont*]. Nosotros es dos nosotros. El segundo nosotros, el que viene tras el primer nosotros, es el que ordena al primero secundarle.

– ¿Qué es un género? El otro.

Todo género es todo género. Y también toda especie.

Escucho. Cito: “Nosotros no decimos exactamente la misma cosa”. Esto ahora es una frase. ¿Qué es una frase? Según J. Derrida la frase que se abalanzó sobre él en *Demeure, Athènes* era una pantera. Una especie de pantera. El espíritu de una pantera, su resumen, su fuerza.

Hacia siglos que me esperaba, dice. Esta pantera es de otro género, de otra especie, de una transespecie. Atraviesa los siglos, la psique, el corazón, las lenguas. Y en su salto lleva, trasciende la región indefinida en que la vida, acosada por esa “cosa” que los “vivos” llaman “muerte” se indecide en supervivencia, se añade se sobrepasa.

Por lo tanto, las superpanteras existen.

Mientras te escribo Philia viene a sentarse, a acoplarse al papel, toma mi pluma con sus manos de terciopelo me suma con todo su ser: gato gata, “gato”, con el nombre dado de Philia. La acojo hoy como en tiempos de Montaigne y de La Boétie. Montaigne y La Boétie qué nombres, qué misterio qué amores. ¿Qué es una Boecia, qué Bohemia, qué monte, qué Iliria, y si La Boétie no hubiera firmado, encarnado su presencia terrestre con un nombre semejante? Montaigne no nos *dice* que ha llamado La Boétie a su

² Derrida, Jacques (1996), “Demeure, Athènes”, *Athènes à l'ombre de l'Acropole*, con Jean-François Bonhomme (fotografías), Atenas, Olkos. (Todas las notas son de las traductoras si no se indica lo contrario.)

gata de placer, nos lo deja adivinar. Entre ellos, la costura que hace de los dos una única criatura es invisible.

Cuando Philia (quiero decir mi gata que se llama así) se mezcla conmigo, y nos mezclamos también con papel, contigo, con tu voz, con nuestra última conversación (a lo que se añaden “Políticas de la Amistad”,³ y todas las “políticas” y todas las “amistades” que bajo esa palabra y ese nombre J. Derrida nos hace replantear), nuestros afectos nos transportan más allá de nosotros. Si el hombre es un sujeto maravillosamente vano, diverso y ondulado, entonces no podemos hacer otra cosa con la palabra “hombre” más que ponerla a disolver en la onda, en el ondular.

Pero seguimos sin saber quién o qué “soy” “yo”, cuando se representa esta escena, sin embargo cotidiana, con “el otro animal”.

“Cuando juego con mi gata, se dice Montaigne (*Apologie de Raymond Sebond*), ¿quién sabe si ella no pasa el tiempo conmigo más que yo con ella?”⁴

Y no sólo ella me pasa el tiempo sino que también nos hace el presente a nosotros dos de una multiplicidad de diferencias –en suma incalculable–

Ella me gato y me gata me convierte me caza me casta me castra me metamorfosea, me engatusa, cambia castiga

de un momento a otro de nuestra vida

Mi madre no se equivoca: que yo pueda hacerme gato y de un gato escandaliza su necesidad de orden

Fantasma, fantasma, todo es fantasma. Mi fantasmadre está en contra del acto juguetón.

Anoto: 1) el ser que se abalanzó sobre J. Derrida un día de julio (julio el mes de su nacimiento) en plena luz del mediodía griego es un animal de género femenino. Ella le dice: nos debemos a la muerte. ¿Qué relación, qué relaciones entre los elementos de todos los géneros de este acontecimiento? 2) El animal que es eso, que él es que él no es, que él sigue, el animal-que-por-lo-tanto-soy⁵ es una gata

La que –con la que, por la que, llega el escándalo filosófico es una gata.

¿Pero qué es una gata? Una gata también es siempre, no solamente un gato, sino una metáfora, un sexo, una mujer, una diosa egipcia, el recuerdo de la pantera de *Una pasión en el desierto* (Balzac), criatura de

³ Derrida, Jacques (1994), *Politiques de l'amitié*, París, Galilée.

⁴ “Quand je me joue à ma chatte, qui sait si elle passe son temps de moy plus que je ne fay d'elle?”

⁵ Derrida, Jacques (1999), “L'animal que donc je suis”, *L'animal autobiographique*, Marie-Louise Mallet (ed.), París, Galilée. Incluido también en el libro póstumo *L'animal que donc je suis*, París, Galilée, 2006.

sustituciones según la mirada y el estado de ánimo de su amante, sultana, palmera, león, reina, niña, cortesana, amazona, dios, corazón.

3) Cuando Montaigne juega con el otro, es con su gata, precisa. No con su perro ni con su caballo. ¿Y por qué esta elección de gata?

Me tomo todo esto “en serio”. Como el juego, o en otras palabras el gozar mismo: el vertiginoso momento en que se pasa de un estado (de ánimo, de ser, de sexuación, de trazado) a *otro*

Me tomo el juego en serio: el *hacer como-si*, la invención la evasión, la ficción hace la realidad

De esto no concluyo que el uno y el otro, filósofos, Montaigne Derrida se vivan en masculino en el encuentro. Puede que respondan con lo que hay en ellos, o en la filosofía –o el pensamiento, de “femenino”

En el contacto con el otro cuerpo yo se juega de diversas formas, según se “viva” o se “vea” la escena desde más acá o más allá de los Pirineos

Mis gatas, que de vez en cuando son homosexuales, son juguetonas, actrices, cuentistas

Cuando están en estado de homosexualidad (anatómica pues, gata sobre gata) no sé si una pasa de sexo para la otra quién es la que hace el que hace de gato.

“El animal que por lo tanto soy” dice J. Derrida, en verano, es en verdad una gata, en este tiempo “desde el tiempo”, aunque sigue siendo también “el animal” en general aquel del que dice que es el otro. Todo otro es “el animal”. Y yo lo soy. Dice él. Este animal singular que soy no es siempre exactamente el mismo la misma. A veces gata, a veces erizo, según el día o la estación, o verme de seda de sexo inelucible.⁶ Una suma no finita de bestias entre las cuales hay también en suma bestias de carga [*bêtes de somme*], eso es lo que somos en verano. En primavera florecemos como espino rosa, de un rosa vital y comestible, según la experiencia del narrador proustiano.

Polisexualidad, Felixsexualidad

– Cuando gozo con mi gata, ¿de qué sexualidad o sexualidades es, soy, somos, el doble cuerpo receptivo...? Cómo denominar ese gozar cuyas formas tan refinadas son a la vez familiares y totalmente infamiliares,

cuando mi gata se acuesta de espaldas y se deja acariciar según una modalidad humana por un individuo de otra especie, pasa la barrera de las especies, recorre el camino de los sentidos hacia mí, compañera cuyas modalidades adivina, traduce, interioriza, igual que yo me gatizo lo máximo posible para hacerle cosquillas donde siento que ella quiere que vaya, igual

⁶ Referencia al texto: Derrida, Jacques (2001), “Un verme de seda”, in *Velos*, trad. Mara Negrón, México, Siglo XXI.

que ella aplica su boca en mi boca lo que no hace con su otro gato o gata, sino conmigo, lo hace traduciéndose hacia mí, sus muy minúsculos labios en los míos

Por tanto agilidad infinita de las diferencias sexuales que no se dejan dirigir por la objetividad anatómica o biológica. Se trata de amor –no solamente de anatomía ni de especie, ni de hormonas ni de genes, se trata de lectura.

¿Qué es pues el amor? Sería una superinteligencia un deseo del otro, deseo de la felicidad del otro capaz de inventar pasajes, signos, lenguajes, una superinteligencia, independiente de los códigos de las especies, de los conocimientos culturales,

Digo *el amor*, un amor de goce sin violencia sin relación de fuerzas, una benevolencia, una benegocencia, un acariciar hecho de atención, de escucha, un abordamiento, un roce, un leer la mirada del otro con la mirada que bendice.

Letra de letras, todo es letra

“Se encuentra” (como dice J. Derrida en *Gènese Généalogie Genre*,⁷ pp. 16-17) que mi padre se llamaba Georges –Georgette su madre

De las *g* de georges, más de una, J. Derrida lo habrá contado todo esa *g*, que en francés dramaturgiza todas las génesis del corpus que acabo por firmar H.C. Se puede viajar lejos con esta *g*, *g* inicial, iniciante. Él mismo, tú, J. Derrida, le hiciste una escena genial e inolvidable en *Glas*⁸ esa biblia de las génesis de todo género. Es a *Glas* al que hay que preguntar “¿qué es «g»?”,⁹ que recoge todos los sentidos, sonidos, usos, notas, secretos, de este signo o cosa, y no solamente en la lengua francesa sino también en la germánica y en la griega.

Curioso ángel del género ese G.

“Se encuentra”, dice J. Derrida. En tres ocasiones, según tres puntos de vista.

Pero el segundo “Se encuentra” abre un paréntesis que sugiere lo que podría pasarle al genio del género, a sus misteriosos poderes: se trataría de encontrarse, “de una manera casi aleatoria aquí o allá”, de encontrarse por azar, pues, en lugar del otro “como el otro en (el) lugar del otro”. Oh admirable anfibología: “como el otro en (el) lugar del otro” –he aquí el vértigo mismo del género, la cuestión siempre indecible del género como vértigo.

Oportunidad de la G. y oportunidad del Ci, sonidos que inician, incipian el destino de mi padre y luego el mío.

⁷ *Genèses, généalogies, genres et le gene* (París, Galilée, 2003), libro que J. Derrida dedicó a la escritura de H. Cixous.

⁸ Derrida, Jacques (1974), *Glas*, París, Galilée.

⁹ En el original: “Qu’est-ce que «g»?”, frase homófona de “Qu’est-ce que j’ai?” [¿Qué tengo?].

Georges se llamaba, le llamaban, también, *Cigüeña*.

– Mi padre se llamaba Cigüeña.¹⁰

– Ya sabes lo que ocurre cuando se da un sobrenombre, al nombre propio, cuando un sobrenombre viene a vestir peinar desplazar, pseudonimar el antiguo nombre propio impropio para resistir a este más-nombre a este más que nombre, nombre de plumas y de pico,

lo que le ocurre al sobrenombrado, lo sabes, y los efectos de “realidad”, y por lo tanto la realidad, pues toda “realidad” es una antigua ficción que con la segunda generación se ha convertido en natural, que esta ficción –que deja de ser ficción en cuanto el sobrenombre pasa por nombre– puede llegar a producir

– cuando se da a los herederos del sobrenombrado, ¿lo sabes?

– Un poco.

A mi padre le llamaban Cigüeña. Como Cigüeña –en Orán yo tenía tres o cuatro años–, llevaba un uniforme de pájaro caqui, como oficial llevaba un uniforme con un quepis azul celeste. Soy la hija de un pájaro migratorio. Fui la hija de una Cigüeña y lo sigo siendo. Esta Cigüeña era un Cigüeña. Mi madre no era cigüeña, aunque los Cigüeñas solían proceder de Estrasburgo su ciudad natal, salvo mi padre. Las cigüeñas hacían una parada en Orán durante sus migraciones. Para mí, todo provenía del otro nombre, Cixous, el apellido de mi padre. Mi padre empezaba por *Ci-*. Era su cignatura. Por este *Ci-* le ocurrían, y por lo tanto a mí también, aventuras de errante querubínico que había descrito de antemano Angelus Silesius¹¹

Mi padre era una Cigüeña pero era mi madre la comadrona. La cigüeña es un nombre femenino aunque el pájaro sea macho. Mi madre mi padre las cigüeñas y yo mi familia es mestiza de cigüeña. Mi abuela Omi llamaba a mi padre Zigeuner por homonimia, y sinonimia. Casi todos fuimos algo nómadas, algo pájaros, algo cortados, modelados, sumados. Familia de las palabras seres y nombres con *Ci* y con *G*.

Esta vez habías envejecido tanto que el espíritu de la vejez se extendió a mí. De repente, mientras comíamos, vi cómo colgaba un pelo de barba gris acero de unos diez centímetros de largo, que salía de mi mentón. Una auténtica barba. Me apresuré a arrancarlo, lo que no acaba con mi vergüenza. Al pasarme la mano temblorosa por el mentón, encontré cuatro o cinco, los suficientes para desacreditarme frente a todo el mundo. Qué angustia. Le pedí a A que echara un vistazo a mi rostro. ¡Ay! El veredicto es tajante: tengo barba, gris, y me llega hasta el labio que antaño había sido tan hermoso.

¹⁰ El apellido Cixous, de origen incierto, parece proceder, en efecto, de “cigogne” [cigüeña].

¹¹ Alusión a la obra *Peregrino querubínico* de Angelus Silesius (*Cherubinischer Wandersmann*, 1657).

Que tú seas la causa de mi metamorfosis no cambia nada. Siempre se es el otro. Cuando estamos tristes, el uno por el otro, no puedo dejar de reconocer lo que esta doble mutación significa. Es cierto que estos pelos son vigorosos. ¿La edad aporta otra modalidad sexual? Ya me has ganado, tengo que acostumbrarme.

– Un mismo individuo, me dices, puede estar marcado por varios tipos de pulsiones, el cuerpo es sexuado polisexualmente.

– Es cierto, ya sé que tú me transformas. En cuanto a ti, quisiera saber ¿a quién, o a qué, te pareces en este momento?

– Entonces ¿debería dejar que me crezca esta barba, por fidelidad a la huella?

Mi primera reacción fue depilar. ¡Cómo deseamos perpetuar las apariencias! Nuestra propia semejanza, a pesar de ser una máscara.

Sinfaunía

La primera pasión que viví fue por un fauno. Quiero decir: la primera aparición que me lanzó a la ventana de la mirada, fue la de un fauno. Yo tenía seis años. Y (debería) podría escribir todo esto en masculino-neutro, lo que por entonces más o menos era yo, ni niña ni niño sino profundamente miope y, por lo tanto, como ser vivo, perverso polimorfo sí, más bien padre y a menudo verme de tierra. Me caí. Me rompí en pedazos. Un fauno me recogió y me colocó sobre sus rodillas. Yo tenía el rostro borroso –lloraba– encarado hacia el amor mismo. Una criatura fuerte, salvaje, indefinible inclinaba un rostro coronado sobre el mío arrugado con una sonrisa que más tarde reconocí en las Vírgenes pintadas y que ahora sé que es la sonrisa de la compasión infinita. Se me comprendía, hasta el último día de mi vida, y eso lo vi, lo vivo, lo he vivido, lo he comprendido. Si es necesario perder una vida para recibir un nacimiento, estoy de acuerdo. Pero era un fauno el que me transportaba por encima de la desgracia. Aquí podría acabar mi historia amorosa. Pues desde aquella época nunca he vuelto a amar a nadie hasta la muerte y más allá salvo al fauno en persona. Un fauno u otra, y coronado. Una corona de bucles. Oscuros.

¿Estuve enamorada? No. Amé, conocí todas las bondades del amor, sus sexualidades complicadas, sus transformaciones en bucle, su sonrisa indescifrable, inquietante, inquieta

¿Estaba predispuesto/a al fauno? (No lo sé). No me lo habían ni avisado ni prohibido. ¿Qué es un fauno? Un *Mischling*¹² de palabra y de ser. Como esos *Mischlingen* esos mixtos de conciencia y de inconsciente, esos vástagos de pulsión que nacen del *comercio* entre los dos sistemas de los que habla Freud citado luego por J. Derrida (Seminario *La Bête et le*

¹² Palabra alemana que significa "perro cruzado" y que los nazis emplearon para designar al hijo o hija de un matrimonio "mixto" (compuesto de judío/a y aria/o).

Souverain 2002),¹³ esos excluidos, esas reprimidas, que se acercan mucho a la conciencia pero no demasiado, no tan cerca como para ser censurados, tan cerca como para funcionar como formaciones de sustituto, prótesis, suplementos. Un fauno de suplemento, dos veces protésico, para mí auxilio, y criatura de doble género de sexo desconocido. Un fauno ser es también un *fauno* palabra. Una palabra fauno. Un fauno también es una fauno. Hace falta un fauno para consagrar la primavera. El amor siempre ama a un fauno: el fauno interior, el fauno –puede que en algunos momentos sea una fauno, pues el fauno es a la vez instantáneo y momentáneo– el fauno es la verdad del amor. La verdad en el amor. El secreto. Un fauno es una fuerza de la imaginación que existe en realidad. Una fuerza o una farsa.

Amada, levantada, amé a un ser que era otro, un ser en otro. El dulce flechazo duró una hora tal vez. Una de esas horas que pertenecen al género de tiempo sin edad y sin medida.

Pero –por revelar algunos de sus rasgos, el ser era un falso fauno. Más tarde supe que su forma oculta era la de una joven muy mujer. Esta falsificación era la verdad del fauno. La palabra fauno no miente. Además, nunca sé si.

– Si él o ella no hubiera tenido “unos ojos tan negros –que impresionaban la primera vez que la veías–, yo no habría estado, como lo estuve, enamorado más en particular, en ella, de sus ojos azules”, decía usted. (*Du côté de chez Swann*, T. II, p. 139)

El amor es eso. El amor es *si*. El amor no sabe. El amor es condicional. La condición es el error que es una verdad. Hace falta un fauno. Sin el negro que es azul, sin la mujer en el fauno, sin el fauno sobre la mujer, sin lo falso en lo verdadero o en el fauno la verdadera, yo no habría estado. Yo no habría estado, como lo fui, y si yo no hubiera estado, yo no habría estado como. No habría estado, más en particular enamorado, en él, de ella, en ella, de sus bucles de chivo, no me habría enamorado dentro sino después o de lado, no habría caído esta vez por todas, sobre las rodillas de Como. Con los ojos alzados hacia la sonrisa, contemplé un una tal vez divina complicación de género de especies de cuerpos de fábula de encanto inaprensible y prodigado. No sería como, no me habría vuelto consolable más en particular por ese ser indefinible, improvisado, para siempre fuera de cualquier límite y fuera de la muerte, puesto que después de todo no pertenecía a ningún reino de ningún orden. Y he ahí cómo al principio de mi historia hubo una criatura híbrida. La palabra *híbrido* es en sí misma de sangre mezclada latina un *ibrida* de jabalí y de cerda, de salvaje y de familiar, a su vez enmarañada de griego por semejanza con *hubris* que dice el exceso.

– Pero ¿cómo pensar el exceso? ¿Dónde comienza el exceso?

¹³ Derrida, Jacques (2004), “La Bête et le Souverain”, *La démocratie à venir*, Marie-Louise Mallet (ed.), París, Galilée, 2004.

II

Nosotros que soy en suma

*Sueña te digo.*¹⁴ Me dice la Frase

(que más tarde se convertirá en el título de un libro publicado en 2003 y que parecía dirigirse, el libro, la exhortación, a más de un lector, o destinatario, empezando por Jacques Derrida, o Simon Hantaï o el cartero o la soñadora)

la Frase de las Frases, de quién viene, viene de dios desconocido/a, como le vienen a J. Derrida, como vienen de J. Derrida.

– Sueña te digo.

– Te obedezco, dos veces: sueño y digo el sueño.

Nunca hago sino obedecer.

– Dices: ¿estoy soñando?

– Es una manera usual de hablar. A decir verdad, yo no tengo los sueños, yo no *sueño*.

Los sueños vienen a mí. Enviados del Sueño, le son enviados a Kafka. Como Aparecidos.

Mi obediencia es vacía, humilde, desarmada, sumisa. Con mucha más impotencia que a Dios a quien dirijo, no dirijo en vano mis ruegos. Pues los ruegos ruegan.

Pero por mucho que llame al Sueño para que me advenga, no adviene ni viene. Siento cruelmente su ausencia, su burla. El Sueño reina más allá de Dios.

Por lo que debería decir: resulta que a veces soy visitada, introyectada, tomada por el sueño, infiltrada, encantada, encantada.

Los sueños son poemas groseros que me robo. Me los hacen tener. Me rehacen. Me ens(u)eñan

Matan, dan vida, a voluntad, su voluntad. ¿Qué hago yo? ¿Al escribirlos escribo? ¿Es literatura este trabajo sobre mí a través de mí bajo hipnosis? Escena, pero ¿cuál? Nunca se ha visto una exescena semejante

Solo los dolores me parecen míos, todos los dolores, los horrores, todo el mal me maltrata, el cinemal

Soy la gallina del sueño o acaso el huevo del sueño

Pongo o soy puesta

O bien ambos, ponedora puesta res-puesta me encuentro encontrada perdida en lugar de algún otro de género a menudo insospechado y totalmente irreconocible.

¹⁴ *Rêve je te dis* es el título de un libro de Hélène Cixous (París, Galilée, 2003). La frase puede traducirse de dos maneras: "Sueño te digo" o "Sueña te digo".

Si ya no sé quién soy quién ser, dónde, cómo va, cómo ir adónde, el jefe res-pon(d)e por mí y de mí con una audacia tranquila que supera todos mis temores (y todas) mis sospechas y mis repugnancias sin apuro. ¿Quién es el jefe? El general, el cocinero, el cabeza de estado, el emperador, la musa Metonimia, la belle dame sans Merci sin madre sin ci,¹⁵ la Verdad en fintura.¹⁶ Digo “el jefe” para abreviar. El ser al mando del ejército de los fantasmas y las fantasías. El general pinta –o filma o pone en escena ortoretratos animados, fechados con precisión ¿Qué es “el general”? El general es un jefe de varios géneros según el momento, según el texto, según la historia y según su propia historia. “El general” es un ser en finta. Eso quiere decir que finge y que le fingen a la vez

En general el general es su otro: al ser su aliado es su propio enemigo, se (pro)cesa a sí mismo, siempre, si es estratega lo es en tanto que escritor, su caballo tiene las riendas, si tiene caballo, si va en coche es el coche el que va en cabeza. El general siempre es una sinécdoque: cada parte es un todo. Cada parte es más grande que todo todo. Un sombrero bordado que huye al galope con tres sombreros bordados a sus lados, eso es el sueño. Un sueño es una guerra cuyos acontecimientos es inútil intentar interpretar para encontrar el sentido de lo que hace, la clave de lo que vas a hacer. En general, el general es como un escritor que piensa hacer cierta obra y hace otra. El escritor es como un general que quiere librar cierta batalla. La batalla –el libro–, es igual que un sueño: el que lo “tiene” no es quien creemos. El sueño es el otro dueño del general que es el escritor. Sus rápidos desplazamientos de tropas, sus enálages, sus fintas –ya deje nada más que una delgada cortina frente a uno de sus adversarios para caer sobre el otro con todas sus fuerzas, su anfibología, sus huidas, en él la incertidumbre lo gobierna *todo* no se le puede coger sino en falta.

En suma, soy dos dueños, el dueño al que obedecemos con los ojos cerrados, nuestro otro dueño a quien el dueño otro, el sueño, el que nos cierra los ojos, nos devuelve cada mañana. Es una cuestión de punto de vista. En todos los casos posibles el general que soy, sea Fabrice, sea Marcel, u otra, desde el momento en que Yo lo soy, y que por lo tanto yo le sigue, al general o a mí, en suma, no nos importa nada el supuesto orden del día. Tengo mis sueños y sentimos unas sensaciones de ser que no me son fáciles de describir con la lógica sociodiurna. Incluso yo, a veces constato que llevo un ligero retraso respecto del plural. Sobre todo cuando nosotros, en suma, se desplaza con gran rapidez. Cuando nosotros, mis sueños y yo, somos por ejemplo una manzana o un bote de mermelada, sucesivamente o el uno al lado del otro, como la velocidad de la animación-desanimación es bastante ponderada, me da tiempo a acostumbrarme a nuestra multiplicación en todos los géneros.

¹⁵ “*la belle dame sans Merci sans mère sans ci*”.

¹⁶ “*La Vérité en feinture*” en el original, juego de palabras con el título de J. Derrida *La Vérité en peinture* (París, Flammarion, 1978).

Como en el caso de Yo-Proust, bote y manzana, manzana y bote, una noche en que oscila entre sueño y despertar, una pequeña parte del durmiente que es en suma enciende, se ilumina, ve al resto durmiendo, todo va bien, y se apaga. La pequeña parte que enciende es el bote de mermelada, una peculiar mezcla de femenino masculino plural singular. Todo va bien, en el armario es negra noche, se oye a la madera trabajar, los enganches y casamientos continúan y podemos “volver a la deliciosa insensibilidad de la tabla en la que han sido dispuestos, de los otros botes de mermelada y de la oscuridad”.¹⁷

Yo también puedo ser bote/botado sobre una tabla que duerme. Pero cuando la pequeña parte de mí que se enciende huye como un rayo, entonces pierdo el tren, me siento dis-parada, re-prendida, inquieta, abandonada

El 1 de marzo de 2003 volví a casa a las 11 de la noche, sola, abandonada, traicionada dos veces por el dueño, no pude sino salir a cualquier precio de esta ciudad con un coche que no se ve, que nos precede, fuera del cual nos damos prisa, empujándolo y siguiéndolo, pues hay que conducirlo y salvarlo, sin embargo vemos todos los demás coches que me envuelven y aceleran, el coche soy yo, en persona, voy a toda velocidad hacia el semáforo, quiero a toda costa pasar antes que los otros, corrí el riesgo de lanzarme sobre una acera que había al pie del semáforo, hice un quiebro a la derecha para evitarla, mi nariz de coche casi topa con la narizota negra de un coche enorme que conduce un hombre, cuando quiero levantarme y seguir recto por todas partes se me abalanzan coches brutales dispuestos a cortar, accidentar, aventajando a los demás por su velocidad, por su fuerza. Y cuando al fin llego a superar ese obstáculo, llego ante la entrada del metro, que es como la boca del infierno para los que aman demasiado, como en mi caso. Nosotros los coches parece como si debiéramos pasar por una apertura estrecha, baja, excavada en el suelo. Un vistazo me dice: no puedo pasar por aquí sin matarme, no, lo que tienes que hacer es girar a la izquierda por el túnel polvoriento burdamente recortado en la materia. ¿La materia, el suelo? Escojo muy rápido, mi ritmo de coche arriesgándome a chocar por todos lados. Cuando por fin desembocamos en un muelle, es un repugnante muelle de río, abandonado, lo que tiene que llegar aquí ¿es un tren, o una agua? Por primera vez en todo el día me crucé con seres humanos creo: dos muchachas que caminan en sentido inverso. Las reconozco: son mujeres. ¡Oh nostalgia de la humanidad! Yo único coche avanzo por este litoral desolado, inusualmente sucio, por todas partes detritos, desechos, de otro tiempo. Entonces veo cuatro pequeños miembros de bebé desnudos rojos que patalean, el niño-en-sí, el torso el abdomen etc., cubierto de arena gris, todavía vivo, me imagino. Ahora lo entiendo: las dos muchachas han debido de abandonarle. Oh nostalgia de la humanidad. Eso debe estar intentando respirar bajo esa arena que no es espesa. Destaparse. ¿Y qué? Bastante

¹⁷ [Nota de la autora] Cf Bosquejo II, *Du côté de chez Swann*.

Hélène Cixous

tengo ya con los gatos de bonitos muslos y tantos problemas. Bastante tengo ya con el esfuerzo que hacer para salir de aquí si lo consigo. No añadamos un peso suplementario y fatídico a mi vida. Paso ante la cosa que se agita sin detenerme, como pasamos sin detenernos ante todas las miserias del mundo. Voy ya tan cargada con tantas dificultades, dos veces traicionada, abandonada. No digo que sea insensible a la culpabilidad. Una arena gris me pesa sobre el pecho. Este día está más allá de la apariencia humana. Ya puestos podría pinchar las ruedas. Habría que acabar. Oh la nostalgia del bote de mermelada. Dormir, soñar tal vez que soy la tabla que no siente nada, la mermelada, la oscuridad.

Pero yo era el coche, era el niño. Y ese tren o ese río que no llegan

Ni siquiera sabemos a quién salvar, a quién salvamos o en lugar de quién.

“¿Por qué me matáis?” Es lo que debería haber preguntado –pero ¿a quién?

20-2-2005

Traducción de Eva Llaràs y Marta Segarra¹⁸

¹⁸ Agradecemos a Arnau Pons su amable colaboración.